

## Roy Galán

La masculinidad es un auténtico asco.

Es una cárcel para tus movimientos que han de ser rígidos y pesados.

Sin ademanes, claro, no vaya a ser que se crean que no eres un machote.

Una armadura para tu cuerpo.

Todo son brusquedades.

Tienes que ser muy bruto, despreocupado, alardear sobre que no te fijas en los detalles, escupir en el suelo, hacer mucho ruido, tocarte los genitales para recordarle al resto que tienes huevos como si hubiéramos podido olvidarlo en algún momento si siempre los tienes en la boca pero solo los tuyos no los de los otros no sea que piensen que eres poco hombre.

Todo son desprecios.

Hacia las mujeres en chats de grupo, hacia sus físicos, hacia lo que hacen o no hacen en la cama, hacia lo que les harías o les dejarías de hacer aunque ellas ni lo sepan, ni quieran, ni consientan, lanzando piropos (acosando) cuando ellas están solas y tú con tus amigos, para que tus amigos sepan que tú eres un fucker, porque aquí lo que importa no es hacerlo es saber que puedes hacerlo y luego contarlo, porque la hazaña difundida es síntoma de virilidad.

Todo son burlas.

Insultar al resto de hombres que no parecen tan masculinos para ganar en tu hombría, para separarte de ellos, de los afeminados, para que no se metan contigo, unirse al grupo de los dominantes y oprimir, machacar para que te aplaudan y vitoreen.

La masculinidad es un tapón a tus emociones.

Porque los hombres no lloran, no escuchan, no hablan de sí mismos ni de lo que sienten y llegan a los cuarenta años y todo eso les estalla en la cara porque no saben quiénes son y son incapaces de ponerse en el lugar de nadie. Hombres que se comportan como niños de diez años en sus relaciones, a los que parece que siempre se les echa la bronca porque han hecho algo mal, que delegan responsabilidades, que no se comprometen con lo que están haciendo y que huyen cuando alguien les reclama algo legítimo.

La masculinidad es una guerra al afecto.

Te hace no poder tocar a otros hombres ni ser cariñoso no sea que parezca "lo que no es". Solo puedes darles golpes. En la espalda como saludo o en la nariz para rompérsela y demostrar que eres más fuerte, que eres el gallito del corral, que siempre vences.

La masculinidad nos jode pero bien a las mujeres y a los hombres que no cumplimos con sus directrices.

Nos cercena, nos hiere e incluso nos mata.

Pero hay hombres que están dándose cuenta que la masculinidad es un disfraz que además sienta fatal.

Un disfraz ridículo de cobardes que no hace ninguna gracia.

Hay hombres que están haciendo un complicado y profundo ejercicio de deconstrucción.

Que son valientes para cuestionar lo aprendido.

Que se están aliando.

Hombres que son el paradigma del nuevo hombre.

Uno que no es tan débil y estúpido como para construirse pisando, sino que se reconstruye junto al resto.

Hombres que están hartos de ser lo que otros dicen que son.

A los que les importa una mierda el qué dirán.

Que se desdibujan y se dejan atravesar.

Que se vuelven libres.

Y vuelven libres a los demás.